

tintes evanescentes de una balada del norte, es porque hay aquí una melancolía perenne, una vaga tristeza, un duelo de la infancia que acompañara toda una vida.

«Hay también un sosiego, una apacible ternura, un recogimiento que esta poesía se aparta de la predominante en la época—la época de la elocuencia de Luaces y los absurdos legendarios de Fornaris—para estar muy próxima al verso claro de Mendive, y a los cantos crepusculares de Zenea. Pero no se establezca una filiación literaria, que el arte de Luisa Pérez, tan ajeno a los puros procedimientos técnicos, se resiste al encasillado de las clasificaciones sistemáticas. En su aspecto expresivo, propende a la frase directa; en su elaboración interna no hay ímpetu sino moderación, no hay la elocuencia razonadora y concreta sino una realidad emotiva, vagarosa, crepuscular. Tiene el sentido de lo pasajero, de lo transitorio, que se asocia a recuerdos fundamentales:

¡Oh, mi casita blanca, recordando  
el tiempo que pasara sin congojas,  
viendo correr el agua y escuchando  
el ruido cariñoso de las hojas!

La naturaleza, con sus árboles, sus pájaros, sus lagos, sus ríos; el cielo, con sus astros, son también elementos de apoyo de la poesía de Luisa Pérez e intervienen a menudo en la estructura de ella, dándole suavidades de égloga a varios de sus cantos.—A. T.

<https://doi.org/10.29393/At149-257RFDA10257>

DEL DIARIO DE MI AMIGO, por Félix M. Pelayo.—Talleres Gráficos Argentinos. 1937.

Es M. Félix Pelayo un escritor argentino de una labor literaria no muy extensa, pero que tiene la singular cualidad

de ser un verdadero hombre de letras. Las pocas obras que de él conocemos nos revelan un escritor que ha sabido escoger sus temas con cierta maestría y hacer de ellos algo realmente notable por la extraordinaria simplicidad no exenta de belleza en sus giros.

En este nuevo libro salido de su pluma, «Del diario de mi amigo», volvemos a deleitarnos en ágape intelectual, con el mismo escritor que celebramos en «Romances del villorio» y «Romances Federales». Félix M. Pelayo tiene la rareza de las cosas abruptas. Su estilo es de una sencillez notable. Sabe coger las cosas más baladíes para impregnarlas de la vitalidad característica de su prosa.

Podríamos decir que es el escritor de las cosas triviales, de aquellos motivos cotidianos que no siempre son capaces de hacer sentir la emoción estética, sino a las mentalidades exquisitas que encuentran regocijo espiritual en la caída de las hojas o en el zumbir isócrono de las cigarras en estío. Son estos motivos intrascendentales para los más, los que cobran substancia y nervio en la pluma de Félix M. Pelayo.

A través de la obra nos empapamos del temperamento poético de su autor; porque Félix M. Pelayo da la sensación de un poeta enormemente sensitivo. Su poesía se diluye trashumante en apretujadas metáforas a lo largo de los diez temas de su libro. Casi nos atrevemos a calificarlo de diez delicados poemas, pues nos parece demasiado estrecho y constreñido el alinearlos bajo el denominativo común de novelas cortas. Poemas tanto por la factura misma de lo escrito, como por la sensibilidad que denotan, poemas bucólicos algunos y otros de una envergadura puramente subjetiva o imaginera.

Al hablar del pretexto del libro, a manera de razón explicativa del nacer del volumen manifiesta que ha crecido como modo de justificar a su amigo Hipólito Zuldurriaga, espíritu indulgente, de aristocracia honda y de ingénita sentimentalidad. No hay temor de equivocarse al suponer que tras este amigo

se esconde la verdadera personalidad del escritor, parece haber tanto de Zuldurriaga en Félix M. Pelayo como de éste en aquél.

Hay algunos temas en el libro sencillamente maravillosos y de una belleza literaria extraordinaria como ocurre, por ejemplo, en «Las tres hermanas», que significan tres rosas que florecieron en el huerto: la rosa roja de la pasión, la rosa-té de la modestia y la blanca rosa del misticismo.

Félix M. Pelayo a veces es desconcertante por su manera de decir las cosas, va poniendo ritmo, fuego, pasión en sus líneas y de pronto termina los períodos dejando apetencias mentales. «Las tres hermanas» son como un rumor de preces, como un perfume de amor en un cuadro lunar.

En «Niña Luci», da verdadera soltura poética a su pluma, burilando abigarrado conjunto de imágenes en panojas de emociones subjetivas.

En «Historia de mi madre», la tercera novelita corta o poema, como se quiera llamarlo, lo profundamente humano traspasa los límites de lo real para elevarse a lo metafísico. Acaso aquí es donde el autor trasvasa toda esa exquisita sensibilidad psíquica que va humedeciendo de sentimiento cada línea y cada página de la obra como un rocío tonificante, como un vago perfume de espliego.

Las descripciones de Félix M. Pelayo tienen la particularidad de dar una sensación de exactitud del paisaje, sin perderse en lo rebuscado y barroco, sin ese recargo de detalles que en muchas oportunidades malogra totalmente la intención del novelista. La tierra encuentra su justa posición. No siempre es el telón de fondo en su libro, a veces toma el primer plano, como ocurre, por ejemplo, en «Nocturno». Oportunidades hay en que el paisaje parece sólo cinta cinematográfica insertada con estricta precisión.

Verdaderamente, Félix M. Pelayo es un escritor que está llamado a obtener futuros e incuestionables éxitos, tanto como

novelista o versificador. Tiene la contextura del escritor avezado y la simplicidad expositiva que ha sabido encontrar, la dimensión exacta de la expresión, característica que sólo hallamos en novelitas de larga carrera literaria.

«Del diario de mi amigo», es en suma un libro sencillo y de verdadero mérito.—R. FERNÁNDEZ.



FEDERICO GARCIA LORCA A TRAVÉS DE MARGARITA XIRGÚ, por  
*Arturo Aldunate Ph. Nascimento. 1937.*

Este es un hermoso libro de interpretación literaria. Digo hermoso, porque hay en él pureza de lenguaje, diafanidad y hondura en los conceptos y precisión en las ideas que orientan al autor para abordar su tema. Hay además una condición singularmente valiosa, y es la de que este estudio ha sido realizado a base de apreciaciones estéticas muy personales que denotan originalidad y agudeza para ayudarnos a conocer y a entender la obra de García Lorca, y la manera como esta obra, magnificada en emoción y en elocuencia humana, alcanzó una expresión viva, honda y fervorosa en el arte de Margarita Xirgú.

El señor Aldunate Phillips, apartándose resueltamente de fórmulas que ya se habían hecho usuales en esta clase de trabajos de interpretación, no sigue la huella de escuelas literarias, ni hace citas de obras ni de autores para explicar esa «condición sutil del arte de hoy», como él mismo dice al referirse a Margarita Xirgú. Las interpreta a través de su propio temperamento sin preocuparse de lo que antes dijeron otros, para reforzar sus opiniones, cuando elogia la manera que la inquietud moderna ha encontrado para reflejar la belleza, a través de la sensibilidad de un Neruda o un García Lorca.

Se advierte en este estudio la alta calidad estética que se